

Mujeres libres pese a todo

Ariadna Romans i Torrent

Son muchas las veces que las jóvenes musulmanas son representadas como víctimas, como oprimidas, como chicas que no pueden escoger sobre su futuro. Desde que somos pequeñas, se nos repite este mismo discurso y, de alguna forma, vamos desarrollando pena hacia ellas. Pobrecitas. Desde que soy pequeña, sin embargo, he conocido a muchas chicas musulmanas, de diferentes orígenes y en diferentes situaciones personales. Con algunas he tenido charlas largas sobre la vida, con otras, breves interacciones que me han marcado a lo largo de los años. Esta reflexión va sobre ellas.

Recuerdo caminar por Barcelona con una amiga después de una conferencia. Estaba lloviendo y las dos, con tacones, no estábamos muy cómodas con el ritmo del grupo. «Acabo de tener mi primer hijo. Estoy superfeliz, es un amor de niño, pero mi cuerpo ha cambiado y me veo mal. Con tacones la cosa mejora un poco», recuerdo que me dijo. En ese momento, recuerdo sentir un temor y un alivio. Temor porque, fuera en la cultura que fuera, mi amiga tenía también las mismas presiones que yo: sentir que su cuerpo no encajaba, y necesitaba formas realmente incómodas (o incluso dañinas, como tacones en la lluvia), para buscar una solución momentánea a su malestar. El alivio vino cuando pensé que no es que yo y mis amigas seamos unas raras, sino que las inseguridades y las presiones estéticas, desafortunadamente, existen en todo el mundo. «Pues mira, yo no soy madre, pero ya somos dos que llevamos tacones por culpa del patriarcado», recuerdo que le dije. Nos reímos un montón y seguimos caminando. «¿Quieres un *piti*?». «Fumo, pero no te quería faltar al respeto». «Cariño, si fumo en el Cairo, ¿por qué no debería fumar en Barcelona?». Charlando con Fátima me di cuenta de que no somos tan diferentes como nos quieren mostrar.

Hay muchos estereotipos que persisten, y de los que solo nos podemos librar con el diálogo intercultural. Hablando, estableciendo lazos de amistad o de confianza con personas con valores diferentes pero complementarios con los nuestros. La única forma de acercar nuestros discursos es acercar nuestras vidas. Y los eventos internacionales, los encuentros culturales o los programas de intercambio son una herramienta muy poderosa para ello. Da igual el tema de conversación, la excusa sobre la que fomentemos ese intercambio: el acercamiento siempre es significativo si somos capaces de abrirnos y conocer. Preguntar, escuchar y aprender de los demás. Cuestionar, replantear y modificar la forma en que hasta ahora habíamos pensado en su vivencia.



Badra bailaba en la discoteca como la que más. Con sus movimientos, sabías que lo estaba pasando en grande. En el medio de la pista, veías una mujer libre bailando junto a sus amigas, liberándose del estrés que la jornada y la presentación de la mañana le había generado. Las inseguridades ya no estaban, pero ella no había tomado una sola gota de alcohol. Y llevaba un velo precioso de estampados florales. Algunas personas se la quedaban mirando extrañadas. Quizás nunca habían visto una mujer bailando, o quizás estaban viendo que, pese a lo que les habían contado de las mujeres con velo, era una mujer libre. «Me lo estoy pasando en grande, Ariadna. En Egipto no me dejan entrar en los clubes de fiesta porque llevo velo». Esa frase me chocó muchísimo. ¿Cómo no va a poder entrar en un club con velo en un país musulmán? Pero después de una larga conversación me hizo ver que, en los sectores más progresistas el velo no siempre es bien recibido. «Hay muchas cosas que no sabemos y nos inventamos», le dije. «Algunas veces es cierto, hay mujeres que no pueden escoger», respondió. «Pero yo he escogido mi velo, y muchas personas no lo entienden. No me creen. Eso me pone triste». Me encogí de hombros y le abracé. «No te preocupes, amiga. Esta ha sido una de las mejores noches de mi vida». Y yo con mi *gintonic* y ella con su agua, bailamos hasta cerrar la pista.

Las feministas occidentales, y concretamente las blancas, no escuchamos todo lo que deberíamos. Con los recientes feminicidios en Irán, hemos centrado el debate en el velo cuando lo que realmente teníamos que hacer era mostrar nuestra solidaridad con las mujeres que no pueden escoger su futuro. Siempre tengo presentes las palabras de una gran feminista que he tenido el placer de tener como profesora. En una conferencia que compartimos, me recordó que la finalidad del feminismo no es la igualdad. La igualdad es un concepto que, llevado a sus últimas consecuencias y con ciertas interpretaciones, puede suponer la reducción a lo único que tenemos en común, o a buscar denominadores parecidos entre hombres y mujeres que pueden suponer renuncias. La igualdad está bien a nivel de derechos o a nivel de reconocimiento social, pero el feminismo debe luchar por la liberación de las mujeres respecto a la opresión patriarcal. Y esto, en realidad, se puede hacer de muchas formas y desde muchos polos. **Necesitamos volver al discurso de la libertad para recordar que, seamos de donde seamos y sea cual sea nuestra condición, religión o cultura, todas las mujeres deben ser libres y tener la capacidad de escoger cómo quieren serlo.**

Mi abuela y la de Halima no pudieron estudiar. Dos mujeres de credos diferentes y de dos extremos diferentes del Mediterráneo. Mi madre y la de Fátima han hecho enormes renuncias para el bienestar de sus familias. Yo y Fátima nos ponemos tacones cuando queremos sentir que encajamos en el ideal patriarcal de belleza. No somos tan diferentes, al fin y al cabo. Y esto que, dentro de todo, somos las afortunadas que podemos escoger, que podemos educarnos y trabajar, conducir o no un coche y decidir cómo queremos vivir nuestras vidas. No todas pueden. Y es por ello por lo que debemos ayudarnos entre nosotras, ser solidarias con las luchas de las demás y aprender de lo que podamos para, juntas, ser más fuertes y más imbatibles ante el patriarcado. **Porque más allá de las diferencias, nos une aquello que no hemos escogido pero que nos determina: ser mujeres libres pese a todo.**